

que se llegue a la indigencia total del tema, a un género parecido al policial, a un relajamiento completo de la sensibilidad: al sentimentalismo. *Los que teníamos doce años*, por su estilo, que pretende ser cuidado y que a veces lo logra, por sus observaciones sexuales, que no son tampoco de primera calidad, pero que el autor ha escrito con honradez, quedará y logrará destacarse entre el aluvión de la literatura de la guerra, aunque sin añadir a la literatura o a la novela, veta alguna digna de permanecer. Por lo demás, Glaeser es un hombre joven y, según dicen, ha lanzado su obra no con la intención de hacer un buen negocio sino con el deseo y la aspiración de contribuir al estudio de aquella época y formarse un nombre como escritor serio.---  
*Manuel Rojas.*

## BIOGRAFÍA

BYRON ET LE BESOIN DE LA FATALITÉ, por *Charles Du Bos*.

Lord Byron, reunió, por un designio inescrutable, lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Bello hasta la exageración, era sin embargo cojo; poeta de los más hondos que ha tenido Inglaterra, país privilegiado de la poesía, su vida privada está en perfecto desacuerdo con la excelsitud de sus confesiones rimadas, de sus tempestades líricas y de sus inimitables apóstrofes. Macaulay en su ensayo sobre la poesía de Byron señala ya la extraña antinomia de esa

vida. Charles Du Bos, en *Byron et le besoin de la fatalité* (1), pone a contribución los resortes de una completa dialéctica para mostrar por qué caminos llegan la fatalidad y el azar a convertir la vida de Byron en una cosa de tal manera odiosa y sublime alternativamente.

El período de la vida de Byron que interesa más al autor francés es el comprendido entre el 12 de Marzo de 1812 y el 25 de Abril de 1816, es decir, poco más de cuatro años. En este lapso Byron sufre, una tras otra, la invasión de las más fuertes pasiones que ofrece su vida. Es preciso advertir desde luego que Byron no parece haber respondido a ninguna de estas pasiones, salvo a la más seria de ellas: la que tuvo por objeto su media hermana Augusta (hija de un matrimonio anterior del padre de Byron). También se narra aquí, con colorido vivo, la infancia y juventud del poeta en un medio familiar extraordinariamente propicio para alimentar el rencor que Byron guardó toda su vida.

El punto de vista escogido por Charles Du Bos para componer su interesante obra es más que el estrictamente literario, el humano. Como él mismo dice con giro arriesgado, ha hecho una obra más de zoología que de estética. Ha atendido al *animal humano* que era Byron, ha desmenuzado los episodios propiamente animales en que anduvo mezclado y ha aplicado a su interpretación una certera iluminación psicológica. La misma riqueza de la materia es un

(1) *Le conciliabule des trente. Au Sans pareil. 1929. París.*

obstáculo para el conveniente estudio de la persona de Byron. En unos cuantos meses, a veces en semanas, Byron viaja de una ciudad a otra, se siente enamorado de una o de dos mujeres a la vez y alienta los más extraños proyectos, al mismo tiempo que escribe sus primeras obras considerables. Es un vértigo.

Y como vértigo que es, atrae con fuerza incontrarrestable. Las mujeres se sienten morir de amor por él; basta verlo una vez para abandonarlo todo y ofrecerle, a un tiempo, el alma y el cuerpo. Byron, elegantemente escéptico, acepta con mucha parquedad tanto homenaje, y dominado por el cinismo, no quiere en modo alguno entrar en ninguna *liaison* seria. Pero toda regla tiene excepción, y en este caso, Byron cae dos veces.

La primera es su amor incestuoso por Augusta, su media hermana. De esta pasión, que durante muchos años fué negada y luego controvertida agriamente antes de llegar a la plena evidencia documental (1), nació una hija. La segunda es su matrimonio, un matrimonio puramente de razón que en poco tiempo hizo crisis y terminó con una separación que iba a ser eterna. En efecto, Lord Byron partió en un largo viaje por Europa en Abril de 1816 y no volvió vivo a Inglaterra. Miss Milbanke, la mujer de Byron, es una de las últimas víctimas del poeta y ciertamente la más digna de lástima. No sólo no mereció esa suerte—era bonita, dis-

(1) En el libro de Du Bos las pruebas más concluyentes están dadas en las páginas 200-1; a ellas remitimos al lector curioso.

creta, joven y cultísima—sino que frente a ella el genio byroniano alcanzó las cimas de la abominación. No otro calificativo merecen escenas como la siguiente, que se nos cuenta en la página 333 de este libro:

Una noche que había vuelto ebrio de una comida en casa de Kinnaird, llamándose monstruo se arrojó a los pies de su mujer, presa de remordimientos seguramente más conmovedores que lo usual porque Annabella agrega: «Sorprendida por esta vuelta de virtud, mi rostro estaba inundado de lágrimas, y le dije: «Byron: todo está olvidado; nunca, nunca, oirás hablar de esto.» Al oír esto, Byron se rehizo, y cruzando los brazos al mismo tiempo que me miraba, rompió a reír. «¿Qué quieres decir?»—repliqué. «¡Oh—dijo—; no es sino una experiencia filosófica. ¡Nada más! Quería poner a prueba la solidez de tus resoluciones.»

A lo que Charles Du Bos comenta:

No sólo el incidente no podría ser sobrepasado, sino que, en este momento preciso, Byron se ha sobrepasado a sí mismo, si, como lo pienso, en su vida entera no existe nada tan perfecto en lo abominable.

Byron se destruye a sí mismo, parece ser su mejor, su más encarnizado enemigo, y en verdad es difícil concebir dosis tan grandes de buena voluntad y paciencia como las que debieron necesitar todos los que vivieron en torno suyo.

El libro de Charles Du Bos, escrito con un irreprochable don de objetividad, es uno de los mejores trabajos de conjunto que ha motivado la breve pero tormentosa vida del autor de *Childe Harold*. No abarca prácticamente sino la vida de Byron en Inglaterra y da particular des-

arrollo al amor del poeta y Augusta y luego al matrimonio. Pero ilumina clara y oportunamente una psicología de suyo complicada, presa de los cambiantes de humor más disparatados. Ese es su valor cardinal, y no es poco valor.—*R. Silva Castro.*

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE FEDERICO EL GRANDE, por *Francisco Agramonte y Cortijo.*

En 1782, Prusia envió su primer ministro a la corte de Madrid. Federico II designó para este puesto al Conde de Nostitz, noble de Silesia, en quien recayó tan alto honor más por ser católico que por sus méritos personales. Nostitz gastaba con suma facilidad los emolumentos que le remitiera el rey y se encontraba en constantes apuros de dinero.

La servidumbre que ocupaba constaba del siguiente personal: 1 ayuda de cámara, 1 cocinero, 3 lacayos, 1 portero, 1 cochero, 1 postillón, 1 marmítón, 2 criadas. Hemos de agregar que Nostitz era soltero y que la Legación de Prusia constaba de dos personas: de él y de un secretario.

Federico tenía una opinión muy desfavorable de Nostitz. Por lo tanto, le pedía constantemente que se dedicara con todo entusiasmo a sus labores y que consiguiera de España algunas ventajas comerciales para Prusia, declarándose al mismo tiempo dispuesto a conceder franquicias aduaneras a ciertos productos españoles. Nostitz no consiguió nada. En cambio, trataba de explicar al rey las dificultades con que tropezaba, la necesidad de que le remitiera

más dinero, etc. Federico rechazaba toda petición financiera de Nostitz y le volvía a insistir en la necesidad de conseguir ventajas aduaneras para la importación de los lienzos de Silesia en España.

Finalmente, algún diablo familiar le sugirió la idea de enviar a su rey las nuevas tarifas aduaneras de España, manifestándole que después de grandes dificultades había obtenido las deseadas franquicias para los lienzos prusianos. Pero cuando en Berlín estudiaron aquellas tarifas se pudo comprobar que la verdad distaba mucho de lo que había comunicado Nostitz. En vez de una rebaja para los productos prusianos, se trataba de un alza.

El pobre Nostitz recibió de su rey una carta en que le dice entre otras cosas (1):

Cela denote une tete fort legere de votre part qui n'a ni application ni solidité. Prenez donc garde de ne pas donner une seconde fois dans une faute si grossiere ou Vous m'obligerez de Vous remplacer par quelqu'un de moins frivole. Vous allez recevoir a present que si Vous ne les tenez deja en main des Memoires que j'ai ordonné de Vous envoyer qui Vous mettraient a meme de negotier avec le Ministere de là bas... Sur ce Je prie Dieu qu'Il vous ait en sa sainte et digne garde

Nostitz se excusa alegando que en España no hay estadísticas, que en los centros de hacienda se observa un misterio impenetrable, que le hacían falta cónsules con conocimientos técnicos que le faltaban a él, que había dejado de ver el despacho

(1) Ortografía original.